

“Dios con Nosotros”

NO. 1270

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO,
26 DE DICIEMBRE, 1875.
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.”
Mateo 1:23.***

Esa palabra, “traducido,” es una dulce salutación para mi oído. ¿Por qué es necesario que la palabra hebrea “Emanuel,” sea traducida? ¿Acaso no fue para mostrar que se refiere también a nosotros los gentiles, y por tanto, debe ser traducida necesariamente a uno de los idiomas principales del mundo gentil de aquel entonces, es decir, el griego? Esta palabra “traducido” usada en el nacimiento de Cristo, y los tres idiomas empleados en el título que pusieron sobre la cruz en su muerte, muestran que Él no es únicamente el Salvador de los judíos, sino que también lo es de los gentiles.

Caminando por el muelle de Marsella, observaba los barcos reunidos en el puerto, procedentes de todas las naciones, y me interesé mucho por las inscripciones que vi sobre los talleres y las tiendas. Los anuncios de refrescos o de bienes en general que se podían comprar allí, no solamente estaban escritos en francés, sino también en inglés, en italiano, en alemán, en griego, y a veces en ruso y en sueco. En los talleres de los fabricantes de velas, de los constructores de barcos, de los comerciantes del hierro, o de los distribuidores en las tiendas de barcos, podías leer un anuncio políglota, exponiendo la información a hombres de diversas tierras. Esta era una clara indicación que personas de todas las naciones estaban invitadas a entrar y comprar. Se esperaba que viniesen, y se les informaba que sus necesidades peculiares podían ser satisfechas.

“Traducido” debe significar que diferentes naciones están involucradas. Tenemos el texto expresado primero en el hebreo “Emanuel,” y luego es traducido a la lengua gentil, “Dios con nosotros;” “siendo interpretado,” para que sepamos que somos invitados, que somos bienvenidos, que Dios ha visto nuestras necesidades y ha provisto para ellas, y que ahora podemos venir libremente, inclusive nosotros que éramos pecadores pertenecientes a los gentiles, y que estábamos muy alejados de Dios. Preservemos ambas formas del nombre precioso con amor reverente, y espere-

mos el feliz día en el que nuestros hermanos judíos unan su “Emanuel” con nuestro “Dios con nosotros.”

Nuestro texto habla de un *nombre* de nuestro Señor Jesús. Se dice, “Y llamarás su nombre Emanuel.” En estos días ponemos a los hijos nombres que no tienen un significado particular. Tal vez son los nombres del padre o de la madre o de algún pariente respetado, pero como regla general, los nombres de nuestros hijos no tienen un significado en especial. No sucedía así en los tiempos antiguos. Entonces los nombres significaban algo. Los nombres que aparecen en la Escritura, como una regla general, contienen una enseñanza, y este es el caso especial de cada nombre atribuido al Señor Jesús. En relación a Él, los nombres indican cosas. “Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz,” porque realmente Él es todas esas cosas. Su nombre es llamado Jesús, pero no sin un motivo. Con cualquier otro nombre, Jesús no sería tan dulce, pues ningún otro nombre podría describir adecuadamente Su grandiosa obra de salvar de sus pecados a Su pueblo. Cuando se dice de Él, que es llamado esto o lo otro, significa realmente que lo es. No estoy consciente que en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, nuestro Señor sea llamado otra vez Emanuel. No encuentro que Sus apóstoles ni ninguno de Sus discípulos le llamen literalmente con ese nombre; pero descubrimos que de hecho todos ellos lo hacen, pues hablan de Él como “Dios fue manifestado en carne,” y dicen, “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” Ellos no usan esa propia palabra, pero la interpretan con frecuencia y nos dan traducciones libres e instructivas, cuando proclaman el sentido del augustísimo título y nos informan de diversas maneras lo que significa que Dios esté con nosotros en la persona del Señor Jesucristo. Es un glorioso hecho de la más alta importancia, que debido a que Cristo nació en el mundo, Dios está con nosotros.

Pueden dividir el texto, si quieren, en dos porciones: “Dios,” y luego “Dios con nosotros.” Debemos reflexionar con igual énfasis en cada palabra. No dudemos ni por un momento de la Deidad de nuestro Señor Jesucristo, pues Su Deidad es una doctrina fundamental de la fe cristiana. Puede ser que nunca entendamos plenamente cómo Dios y el hombre se puedan unir en una persona, pues ¿quién puede encontrar a Dios mediante la investigación? Estos grandes misterios de la piedad, estas cosas que representan “aun lo profundo de Dios,” están más allá de nuestra medida: nuestra pequeña barquichuela podría perderse si nos aventuráramos tan lejos en este vasto e infinito océano, como para perder de vista la costa de la verdad claramente revelada. Que permanezca como asunto

de fe que Jesucristo, el que yació en un pesebre en Belén, y fue cargado por los brazos de una mujer, y vivió una vida de sufrimiento y murió sobre una cruz de malhechor, fue, sin embargo, "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos," "quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder." Él no era un ángel; el apóstol lo ha demostrado abundantemente en el primero y segundo capítulos de la Epístola a los Hebreos: no podría haber sido un ángel, pues le son dispensados honores que nunca les fueron reconocidos a los ángeles.

Él no era una deidad subordinada o un ser elevado a la Deidad, como lo han supuesto absurdamente algunos. Todas estas cosas son sueños y falsedades; Él fue tan ciertamente Dios como puede serlo Dios, uno con el Padre y el siempre bendito Espíritu. Si no fuera así, no solamente desaparecería la gran fortaleza de nuestra fe, sino que en lo relativo a este texto, su dulzura se evaporaría completamente. La propia esencia y gloria de la encarnación es que Él es Dios que fue cubierto con el velo de carne humana: si hubiese sido cualquier otro ser que viniera así a nosotros en carne humana, no vería nada notable en ello, ni ciertamente nada que nos consolara. Que un ángel se convierta en un hombre no es un asunto de grandes consecuencias para mí: que algún otro ser superior asuma la naturaleza de hombre, no trae gozo a mi corazón, ni abre un pozo de consuelo para mí. Pero "Dios con nosotros" es un deleite exquisito. "Dios con nosotros": todo lo que "Dios" significa, la Deidad, el infinito Jehová con nosotros; esto, esto es digno del estallido del cántico de medianoche, cuando los ángeles sorprendieron a los pastores con sus villancicos, cantando "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" Esto fue digno del conocimiento anticipado de los videntes y de los profetas, digno de una nueva estrella en los cielos, digno del cuidado que ha manifestado la inspiración para preservar el registro. Esto, también, fue digno de las muertes por martirio de los apóstoles y de los confesores que no consideraron valiosas sus vidas por causa del Dios encarnado; y esto, hermanos míos, es digno el día de hoy de sus más denodados esfuerzos para difundir las buenas nuevas, digno de una vida santa para demostrar su poder consolador.

Aquí tenemos la primera verdad de nuestra santa fe: "Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne." El que nació en Belén es Dios, y "Dios con nosotros." Dios, allí se encuentra la majestad; "Dios con nosotros," allí se encuentra la misericordia. *Dios*: aquí hay gloria; "*Dios con nosotros*," aquí hay gracia. Dios a secas podría sobrecogernos de terror; pero "Dios con nosotros" nos inspira esperanza y confianza. Tomen mi texto como un todo, y cárguenlo en sus pechos como un manojito de dulces especias que perfumen sus cora-

zones con paz y gozo. Que el Espíritu Santo los abra a la verdad, y abra la verdad para ustedes. Con mucho gozo les diré en las palabras de uno de nuestros poetas—

**“Con el velo de la carne vean a la Deidad;
¡Salve, a la Deidad encarnada!
Le agradó como hombre aparecerse a los hombres,
Jesús nuestro Emanuel aquí.”**

Primero, *admiremos esta verdad*; luego *considerémosla con mayor detenimiento*; y después de eso *esforcémonos personalmente para hacerla nuestra*.

I. ADMIREMOS ESTA VERDAD. “Dios con nosotros.” Quedémonos a una distancia reverente de ella, como Moisés se quedó retirado cuando vio a Dios en la zarza, y se quitó el calzado de sus pies, sintiendo que el lugar que pisaba tierra santa era. Este es un hecho maravilloso, Dios el Infinito una vez moró en el frágil cuerpo de un niño, y acampó en la forma sufriente de un hombre humilde. “Dios estaba en Cristo.” “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.”

Observen, en primer lugar, la maravilla *de condescendencia* contenida en este hecho, que Dios, que hizo todas las cosas, asumiera la naturaleza de una de Sus propias criaturas. Que Quien existe por Sí mismo se uniera al ser dependiente y subordinado, y que el Todopoderoso se vinculara al débil y al mortal. En el caso que tenemos delante de nosotros, el Señor descendió al propio fondo de la humillación, y constituyó una alianza con una naturaleza que no ocupaba el lugar principal en la escala de la existencia. Ya hubiera sido una gran condescendencia que el infinito e incomprendible Jehová hubiera asumido la naturaleza del algún noble ser espiritual, tal como un serafín o un querubín; la unión de lo divino con un espíritu creado habría sido un abatimiento inmensurable, pero que Dios fuera uno con el hombre es mucho más. Recuerden que en la persona de Cristo la humanidad no era meramente espíritu vivificante, sino también carne y sangre que sufría, que padeció hambre, y que murió. Él tomó para Sí toda esa condición material que conforma un cuerpo, y un cuerpo, después de todo, no es sino el polvo de la tierra, una estructura formada con los materiales que nos rodean. No hay nada en nuestra estructura corporal sino lo que puede ser encontrado en la sustancia de la tierra en la que vivimos. Nos alimentamos con lo que crece de la tierra, y cuando morimos regresamos al polvo de donde fuimos sacados una vez. ¿Acaso no es algo extraño que la parte más ordinaria de la creación, la parte más insignificante, este polvo de la creación, sea, a pesar de ello, tomado en unión con ese Ser puro, maravilloso, incomprendible y divino, del que sabemos tan poco, y del que no comprendemos nada? ¡Oh, la condescendencia que eso conlleva! Lo dejo para las meditaciones de sus

momentos de quietud. Reflexionen en ello con temor reverente. Estoy persuadido que nadie tiene la menor idea de cuán maravillosa condescendencia fue que Dios habitara de esta manera en carne humana, y que fuera "Dios con nosotros."

Sin embargo, para que sea más notable, deben recordar que la criatura, cuya naturaleza Cristo asumió, era un ser que había pecado. Puedo concebir con mayor facilidad que el Señor asumiera la naturaleza de una raza que nunca hubiera caído; pero, he aquí, la raza del hombre se rebeló contra Dios, y sin embargo, Cristo en verdad se hizo hombre, para librarnos de las consecuencias de nuestra rebelión, y elevarnos a algo más alto que nuestra pureza prístina. "Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne." "Oh, profundidades," es todo lo que podemos decir, conforme miramos y nos maravillamos delante de esta condescendencia del amor divino.

Noten, a continuación, cuando ven esta maravilla desde la distancia, qué *milagro de poder* tenemos delante de nosotros. ¿Han pensado alguna vez en el poder manifestado cuando el Señor forma un cuerpo capaz de la unión con la Deidad? El Señor se encarnó en un cuerpo, que era verdaderamente un cuerpo humano, pero sin embargo, de alguna forma maravillosa, estaba preparado para soportar que la Deidad morara en él. El contacto con Dios es terrible; "El mira a la tierra, y ella tiembla; toca los montes, y humean." Él pone Sus pies en Parán, y se derrite, y el Sinaí se disuelve en llamas de fuego. Esta verdad estaba grabada tan sólidamente en las mentes de los primeros santos, que decían de Él: "No me verá hombre y vivirá." Y sin embargo, aquí había una humanidad que no solamente vio la faz de Dios, sino que fue habitada por la Deidad. ¡Qué estructura humana era esta en la que podía habitar la presencia de Jehová! "Mas me preparaste cuerpo." Este era en verdad un cuerpo extraordinariamente formado, algo santo, un producto especial del poder del Espíritu Santo. Era un cuerpo como el nuestro, con nervios igualmente sensibles y músculos listos para ser ejercitados, con cada estructura formada tan delicadamente como las nuestras, y sin embargo Dios estaba en ese cuerpo. Era una frágil barca para soportar tal peso. ¡Oh, hombre Cristo, cómo pudiste soportar a la Deidad dentro de Ti! No sabemos cómo fue, pero Dios lo sabe. Adoremos esta ocultación del Todopoderoso en la debilidad humana, este contener lo incontenible, esta localización de lo Omnipresente. ¡Ay, no hago sino balbucear! ¿Qué son las palabras cuando tratamos con una verdad tan inefable? Baste decir que el poder divino fue visto maravillosamente en la existencia continuada de la condición material del cuerpo de Cristo, que de otra manera se habría consumido

por el contacto prodigioso con la divinidad. Admiren el poder que habitó en “Dios con nosotros.”

Además, cuando reflexionen sobre el misterio, consideren qué *emblema de buena voluntad* debe ser esto para los hijos de los hombres. Cuando el Señor toma a la humanidad en unión Consigo mismo de esta manera sin par, debe significar algo bueno para el hombre. Dios no puede tener la intención de destruir esa raza que de esta manera une en matrimonio con Él. Un matrimonio como este, entre el hombre y Dios, debe significar la paz; la guerra y la destrucción no son nunca predichas de esta manera. Dios encarnado en Belén, siendo adorado por los pastores, no augura otra cosa sino “paz en la tierra y dulce misericordia.” Oh, ustedes que son pecadores que tiemblan al pensar en la ira divina, ustedes pueden levantar sus cabezas con jubilosa esperanza de misericordia y favor, pues Dios está lleno de gracia y misericordia hacia esa raza que distingue de tal manera por encima de todas las demás, tomándola en unión con Él. Tengan ánimo, oh hombres nacidos de mujer, y esperen bendiciones inenarrables “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.”

Cuando contemplan los ríos, a menudo pueden identificar de dónde proceden, y la tierra sobre la cual han corrido, por su color: los ríos que fluyen desde los glaciares que se deshuelan, son reconocidos de inmediato. Hay un texto relativo al río celestial que entenderán si lo contemplan bajo esta luz: “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y *del Cordero*.” Allí donde el trono es ocupado por la Deidad, y el Mediador designado, el Dios encarnado, el Cordero que una vez sangró, el río debe ser puro como el cristal, y un río, no de lava hirviente de ira devoradora, sino un río del agua de vida. Miren a “Dios con nosotros” y verán que las consecuencias de la encarnación deben ser agradables, provechosas, salvadoras y ennoblecedoras para los hijos de los hombres.

Les ruego que mantengan su mirada de admiración, y contemplan a Dios con nosotros una vez más, *como una garantía de nuestra liberación*. Somos una raza caída, estamos hundidos en el cieno, estamos vendidos bajo el pecado, en servidumbre y esclavitud bajo Satanás; pero si Dios viene a nuestra raza, y desposa su naturaleza, entonces debemos ser levantados de nuestra caída, no puede ser posible que las puertas del infierno encierren a quienes tienen a Dios con ellos. Esclavos bajo el pecado y siervos de la ley, oigan la trompeta del jubileo, pues Uno ha venido entre ustedes, nacido de mujer y nacido bajo la ley, que es asimismo Dios poderoso, dado como garantía para liberarlos. Él es un Salvador grandioso: capaz de salvar, pues es Todopoderoso, y dado en garantía

para hacerlo, pues se ha enlistado y se ha puesto la armadura para la batalla. El campeón de Su pueblo es Uno que no fracasará ni se desalentará hasta que la batalla esté completamente terminada y sea obtenida la victoria. Jesús, que desciende del cielo, es la garantía que llevará a Su pueblo al cielo, y Su adopción de nuestra naturaleza es el sello de que seremos elevados a Su trono. Si hubiera sido un ángel el que hubiese intervenido, podríamos tener algunos temores; si hubiera sido un simple hombre, podríamos ir más allá del miedo y quedar sumidos en la desesperación; pero si es “Dios con nosotros,” y Dios en verdad ha tomado a la condición humana para unirla a Él mismo, entonces toquemos “las campanas de la gloria” y alegrémonos; vendrán días más brillantes y felices; debe haber salvación para el hombre y gloria para Dios. Calentémonos bajo los rayos del Sol de Justicia, que ha salido ahora para nosotros, una luz que alumbre a los gentiles, y que sea la gloria de Su pueblo Israel.

De esta manera hemos admirado a distancia.

II. Y, ahora, en segundo lugar, acerquémonos y CONSIDEREMOS EL TEMA CON MÁS DETALLE. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto, “Dios con nosotros”? No pretendo esta mañana poder exponer todo el significado de este breve texto, “Dios con nosotros,” pues me parece, ciertamente, que contiene la historia completa de la redención. Sugiere que el hombre está sin Dios, y que Dios se ha apartado del hombre por culpa del pecado. Parece que me habla de la vida espiritual del hombre, cuando Cristo viene a él, y se forma en él la esperanza de gloria. Dios tiene comunión con el hombre, y el hombre vuelve a Dios, y recibe otra vez la imagen divina como al principio. Sí, el cielo mismo es “Dios con nosotros.” Este texto podría servir para cien sermones diferentes; sí, uno podría continuar ponderando sus múltiples significados, eternamente. En este momento, sólo puedo darles simples sugerencias de líneas de pensamiento que pueden seguir ustedes como gusten, con la ayuda del Espíritu Santo.

Esta gloriosa palabra Emanuel significa, primero, que Dios en Cristo está *con nosotros en una asociación muy cercana*. La partícula griega utilizada aquí es muy vigorosa y expresa la forma más fuerte de “con.” No es simplemente “en compañía de nosotros” como lo expresaría otra palabra griega, sino “con,” juntamente con,” y “compartiendo con.” Esta preposición es un remache ajustado, un vínculo firme, que implica, si no es que declara, un comunión íntima. Dios está íntimamente y peculiarmente “con nosotros.” Ahora, piensen por un momento, y verán que Dios, por medio de un hecho real, se ha acercado a nosotros en una íntima asociación. Debe haberlo hecho, pues *ha asumido nuestra naturaleza*, literalmente nuestra naturaleza: carne, sangre, huesos, todo lo que constituye

un cuerpo; mente, corazón, alma, memoria, imaginación, juicio, todo lo que hace racional a un hombre.

Cristo Jesús fue el hombre de los hombres, el segundo Adán, el hombre representativo modelo. No piensen que Él es un hombre deificado, como tampoco deben considerarlo un Dios humanizado, o un semidiós. No confundan las naturalezas ni dividan a la persona: Él es una sola persona, y sin embargo es hombre verdadero como también es Dios verdadero. Entonces piensen en esta verdad, y digan, “El que está sentado en el trono es como yo, con la excepción del pecado.” No, esto es demasiado para decirlo, no voy a hablar de ello; es un tema que me doblega, y temo articular expresiones temerarias. Examinen la verdad desde muchas perspectivas y comprueben que es más dulce que la miel y que el panal—

***“¡Oh gozo! Habita en nuestra carne
Sobre un trono de luz,
Uno nacido de una madre humana,
¡Que brilla en perfecta Deidad!”***

Estando con nosotros en nuestra naturaleza, Dios estuvo con nosotros en *toda la peregrinación de nuestra vida*. Escasamente podrán encontrar un alto en la marcha de la vida en el que Jesús no haya hecho una pausa, o una cansada legua que Él no haya recorrido. Desde la puerta de entrada hasta la puerta que cierra el sendero de la vida, la huellas de Jesús pueden distinguirse. ¿Estuviste en la cuna? Él estuvo allí. ¿Fuiste un hijo bajo autoridad de los padres? Cristo fue también un niño en la casa de Nazaret. ¿Has entrado a la batalla de la vida? Tu Dios y Señor hizo lo mismo; y aunque no alcanzó la vejez, a través del trabajo pesado e incesante y del sufrimiento, mostraba el semblante estropeado que acompaña a la vejez cansada. ¿Estás solo? También lo estuvo Él, en el desierto, y en la ladera del monte, y en la tenebrosidad del huerto. ¿Te mezclas en círculos públicos? Él también laboró en medio de las densas turbas. ¿Dónde podrías encontrarte, en la cima del monte, o en el valle, en tierra o en el mar, a la luz del día o en la oscuridad, dónde, pregunto, puedes estar sin descubrir que Jesús ha estado allí antes que tú? Lo que el mundo ha dicho de su gran poeta podemos decirlo con mayor verdad de nuestro Redentor—

***“Un hombre tan múltiple parecía ser
No uno, sino el epítome de toda la humanidad.”***

Él era un hombre armonioso, y sin embargo todas las vidas santas parecen estar condensadas en la Suya.

Dos creyentes pueden ser muy disímiles entre sí, y sin embargo, ambos descubrirán que la vida de Cristo contiene puntos de similitud con su propias vidas. Uno podrá ser rico y el otro pobre, uno activamente la-

borioso y el otro sufre pacientemente, y sin embargo cada uno, al estudiar la historia del Salvador, será capaz de decir: su camino era muy parecido al mío. En todos los puntos Él fue hecho semejante a Sus hermanos. Cuán encantador es el hecho que nuestro Señor es “Dios con nosotros,” no aquí o allá, y de vez en cuando, sino eternamente.

Esto se destaca de manera especial y dulce, cuando es “Dios con nosotros” *en nuestras aflicciones*. No hay dolor que rasgue el corazón, y me atrevería a agregar que ninguno que afecte el cuerpo, en los que Jesús no haya estado con nosotros en todo ello. ¿Sientes las aflicciones de la pobreza? Él “no tuvo dónde recostar la cabeza.” ¿Estás abrumado por las aflicciones del luto? Jesús “lloró” junto a la tumba de Lázaro. ¿Has sido calumniado por causa de la justicia, y la calumnia ha vejado tu espíritu? Él dijo: “El escarnio ha quebrantado mi corazón.” ¿Has sido traicionado? No olvides que también Él tuvo su amigo íntimo que lo vendió por el precio de un esclavo. ¿En cuáles mares de tormenta has sido sacudido que no hayan rugido alrededor de Su barca? No habrá ningún valle estrecho de adversidad tan negro, tan profundo, sin posibilidad aparente de poder ser atravesado, que cuando te agaches no descubras las huellas del Crucificado. En los fuegos y en los ríos, en la noche fría y bajo el sol ardiente, Él clama: “Estoy contigo. No desmayes, pues Yo soy tanto tu compañero como tu Dios.”

Es misteriosamente cierto que cuando ustedes y yo nos acerquemos a *la escena final, a la escena que cierra*, descubriremos que Emanuel ha estado allí. Él sintió los dolores y congojas de la muerte, y soportó el sudor sangriento de la agonía y la sed agobiante de la fiebre. Él conoció la separación entre el espíritu torturado y la carne lánguida, y clamó, como lo haremos nosotros: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” Ay, y Él conoció la tumba, pues allí durmió, y dejó el sepulcro perfumado y acondicionado para que se convirtiera en un lecho de descanso, y no un recinto de corrupción. Esa nueva tumba en el huerto lo hace Dios con nosotros hasta que la resurrección nos llame para que nos levantemos de nuestras camas de barro, para encontrarlo Dios con nosotros en novedad de vida. Seremos levantados en Su semejanza, y lo primero que verán nuestros ojos será al Dios encarnado. “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios.” “Dios con nosotros.” Yo en mi carne le veré como el hombre, el Dios. Y así, *para toda la eternidad* Él mantendrá la más íntima asociación con nosotros. Mientras las edades se sucedan, Él será “Dios con nosotros.” ¿No ha dicho Él, “Porque yo vivo, vosotros también viviréis”? Tanto Su vida humana como Su vida divina permanecerán para siempre, y lo mismo durará nuestra vida. Él habitará entre nosotros y

nos conducirá a fuentes vivas de aguas, y así estaremos para siempre con el Señor.

Ahora, hermanos míos, si ustedes repasan estos pensamientos, encontrarán buena provisión de alimento; de hecho, un festín bajo ese único encabezado. Dios en Cristo es con nosotros en la asociación más cercana posible.

Pero, en segundo lugar, *Dios en Cristo es con nosotros en la reconciliación más plena*. Esto, por supuesto, es verdad, si lo anterior es verdad. Hubo un tiempo en el que estábamos apartados de Dios; estábamos sin Dios, estando enemistados con Él por nuestras obras impías, y Dios también estaba distante de nosotros en razón de la rectitud natural de carácter que arroja a la iniquidad lejos de Él. Él tiene los ojos más puros que no pueden contemplar la iniquidad, ni el mal puede morar con Él. Esa estricta justicia con la que gobierna el mundo exige que esconda Su rostro de una generación pecadora. Un Dios que mira con complacencia a los hombres culpables, no es el Dios de la Biblia, pues en multitud de lugares es manifestado como ardiendo de indignación contra los impíos. "Pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece." Pero ahora, el pecado que nos separaba de Dios ha sido quitado por el bendito sacrificio de Cristo sobre el madero, y la justicia, cuya ausencia creó un golfo entre el hombre injusto y el justo Dios, esa justicia, digo, ha sido encontrada, pues Jesús ha traído justicia eterna. Así que ahora, en Jesús, Dios es con nosotros, reconciliado con nosotros, y el pecado que motivó Su ira, ha sido quitado para siempre de Su pueblo.

Hay algunos que objetan este punto de vista del caso, y yo, al menos, no cederé ni una iota frente sus objeciones. No me sorprende que se opongan a ciertos enunciados necios, que a mí tampoco me gustan más que a ellos; pero, sin embargo, si ellos se oponen a que la expiación recompense a la justicia injuriada, sus objeciones no tendrán fuerza para mí. Es muy cierto que Dios es siempre amor, pero Su severa justicia no se opone a ello. Es también muy cierto que para Su pueblo Él siempre fue, en el sentido más elevado, amor, y la expiación es el resultado y no la causa del amor divino; sin embargo, visto todavía en Su carácter rector, como un juez y legislador, Dios está "airado contra el impío todos los días," y sin el sacrificio reconciliador de Cristo, Su propio pueblo era "por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás." Hay ira en el corazón de Dios, como juez justo, contra quienes han quebrantado su santa ley, y la reconciliación tiene una relación sobre la posición del juez de toda la tierra así como sobre el hombre.

Yo por lo menos no cesaré de decir: "Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has conso-

lado.” Dios puede ahora estar con el hombre, y abrazar a los pecadores como Sus hijos, como no lo podría haber hecho con justicia si Jesús no hubiera muerto.

En este sentido, y únicamente en este sentido, el doctor Watts escribió ciertamente algunos de sus himnos que han sido condenados con fiereza. Me atrevo a citar dos versos, y recomendarlos, porque expresan una gran verdad si el Señor es visto como un juez, y es representado como la conciencia del hombre que ha despertado correctamente le percibe. Nuestro poeta dice acerca del trono de Dios—

***“Una vez fue el asiento de la ira terrible,
Y arrojaba llamas devoradoras;
Nuestro Dios apareció, fuego consumidor,
Y venganza era Su nombre.
Ricas fueron las gotas de la sangre de Jesús,
Que calmaron Su faz airada,
Que rociaban al trono ardiente,
Y convirtieron la ira en gracia.”***

De tal manera que ahora Jehová no es Dios contra nosotros, sino “Dios con nosotros,” y Él “nos reconcilió consigo mismo por la muerte de Su Hijo.”

Un tercer significado del texto “Dios con nosotros” es este, *Dios en Cristo es con nosotros en bendita comunicación*. Es decir, ahora Él se ha acercado tanto a nosotros como para entrar en intercambio con nosotros, y esto lo lleva a cabo en parte por medio de una conversación sagrada. Ahora Él nos habla y habla en nosotros. Él nos ha hablado en estos últimos días por Su Hijo y por el Espíritu Divino con el silbo apacible y delicado de la advertencia, de la consolación, de la instrucción, y de la dirección. ¿Acaso no están conscientes de esto? Desde que sus almas conocieron a Cristo, ¿acaso no han gozado también de una relación con el Altísimo? Ahora, como Enoc, ustedes “caminan con Dios,” y, como Abraham, hablan con Él como un hombre habla con su amigo. ¿Qué son sus oraciones y alabanzas sino la forma de comunicación que se les permite tener con el Altísimo? Y Él les responde cuando Su Espíritu sella la promesa o aplica el precepto, cuando con luz fresca les instruye en la doctrina o les concede una confianza mayor en cuanto a buenas cosas venideras. Oh, sí, Dios está con nosotros ahora, de tal forma que cuando Él clama: “Buscad mi rostro,” nuestro corazón le responde: “Tu rostro buscaré, oh Jehová.”

Estas reuniones de los días domingo, ¿qué significado tienen para muchos de nosotros sino que “Dios es con nosotros”? Esa mesa de la comunión, ¿qué otro significado tiene sino “Dios con nosotros”? Oh, cuán a menudo, cuando partimos el pan y servimos el vino en memoria de Su muerte expiatoria, hemos gozado de Su presenciamiento real, no en un sentido

supersticioso, sino en un sentido espiritual, y hemos encontrado que el Señor Jesús es "Dios con nosotros." Sí, en cada santa ordenanza, en cada acto sagrado de adoración, ahora encontramos que hay una puerta abierta en el cielo y un camino nuevo y vivo por el cual llegamos al trono de la gracia. ¿Acaso no es este un gozo mejor de lo que todas las riquezas de la tierra pudiesen comprar?

Y es no sólo en comunicación que el Señor es con nosotros, sino que Dios está con nosotros ahora por *actos* poderosos así como por medio de palabras. "Dios con nosotros," es la inscripción en nuestro estandarte real, que llena de terror al corazón del enemigo y alegra a los ejércitos sacramentales de los elegidos de Dios. ¿Acaso no es este nuestro grito de guerra: "Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob"? En cuanto a nuestros enemigos internos, Dios está con nosotros para dominar nuestras corrupciones y debilidades; y en cuanto a los adversarios externos de la verdad, Dios está con Su iglesia, y Cristo ha prometido que estará siempre con ella "hasta el fin del mundo." No solamente contamos con la palabra y las promesas de Dios, sino que hemos visto Sus actos de gracia a favor nuestro, tanto en Su providencia como en la obra de Su bendito Espíritu. "Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones." "Dios es conocido en Judá; en Israel es grande su nombre. En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sion. Allí quebró las saetas del arco, el escudo, la espada y las armas de guerra." "Dios con nosotros:" oh, hermanos míos, hace que nuestro corazón dé saltos de gozo, nos llena de valor indomable. ¿Cómo podemos estar intimidados cuando el Señor de los ejércitos está de nuestro lado?

No se trata tampoco que Dios esté con nosotros simplemente en actos de poder a favor nuestro, sino en emanaciones de Su propia vida en nuestra naturaleza por las cuales somos primero nacidos de nuevo, y luego sostenidos en la vida espiritual. Esto es todavía más maravilloso. Por el Espíritu Santo, la divina simiente que "Vive y permanece para siempre" es sembrada en nuestras almas, y día a día somos fortalecidos con poder por Su Espíritu en el hombre interior.

Y esto no es todo, pues como obra maestra de la gracia, el Señor, por Su Espíritu, mora en Su pueblo. Dios no encarna en nosotros como lo hizo en Jesucristo, pero después de la encarnación sigue en importancia la habitación del Espíritu Santo en los creyentes. Ahora es "Dios con nosotros" ciertamente, porque Dios habita en nosotros. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?" "Como Dios dijo: habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." Oh, las alturas y las profundidades entonces comprendidas en esas pocas palabras, "Dios con nosotros."

Tenía que decirles muchas cosas más, pero el tiempo me fuerza a condensarlas brevemente. El Señor se convierte en "Dios con nosotros" *por la restauración de Su imagen en nosotros*. "Dios con nosotros" se vio en Adán cuando era perfectamente puro, pero Adán murió cuando pecó, y Dios no es Dios de los muertos sino de los vivos. Ahora nosotros, al recibir otra vez nueva vida y ser reconciliados con Dios en Cristo Jesús, recibimos también la imagen restaurada de Dios, y somos renovados en conocimiento y verdadera santidad. "Dios con nosotros" significa santificación, la imagen de Jesucristo impresa en todos Sus hermanos.

Abandonamos el punto recordando que Dios es con nosotros *en la más profunda identificación*. Hermanos, ¿se encuentran en aflicción? Dios, en Cristo, es compasivo con su dolor. Hermanos, ¿tienen un objetivo grandioso? Yo sé cuál es: es la gloria de Dios; en eso se identifican con Dios, y Dios con ustedes. Permítanme preguntarles: ¿cuál es su más grande gozo? ¿No han aprendido a regocijarse en el Señor? ¿No se gozan en Dios por Jesucristo? Entonces Dios se goza también en ustedes. Él descansa en su amor, y se regocija en ustedes con cánticos, de tal manera que Dios es con nosotros en un sentido muy maravilloso, en tanto que por medio de Jesucristo, nuestras metas y deseos son semejantes a los de Dios. Deseamos lo mismo, nos esforzamos por el mismo objetivo, y nos regocijamos en los mismos objetos de deleite. Cuando el Señor dice: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia," nuestro corazón responde: "Ay, y nosotros también tenemos complacencia en Él." El agrado del Padre es el agrado de Sus propios hijos elegidos, pues nosotros también nos gozamos en Cristo; nuestra propia alma se alborozaba al sonido de Su nombre.

III. Debo dejar este deleitoso tema para comentar dos o tres cosas acerca de NUESTRA PERSONAL APROPIACIÓN de la verdad delante de nosotros.

"Dios con nosotros." Entonces, si Jesucristo es "Dios con nosotros," vayamos a Dios sin preguntar ni dudar nada. Quienquiera que seas, no necesitas ningún sacerdote ni intercesor para que te presenten a Dios, pues Dios mismo se ha presentado a ti. ¿Son niños ustedes? Entonces vengan a Dios en el niño Jesús, que durmió en el pesebre de Belén. Oh, ustedes señores de cabellos grises, no necesitan quedarse atrás, sino que como Simeón, vengan y tómenlo en sus brazos, y digan: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación."

Dios envía un embajador que no inspira ningún miedo: el heraldo del cielo se aproxima a nosotros sin yelmo ni cota de malla, ni llevando lanza, sino que una bandera blanca es sostenida por la mano de un niño, en

la mano del elegido del pueblo, en la mano de uno que murió, en la mano de uno que aunque está sentado en la gloria muestra aún la señal de los clavos.

Oh, hombre, Dios viene a ti como uno semejante a ti. No tengas miedo de acercarte al manso Jesús. No te imagines que necesitas estar preparado para una audiencia con Él, o que necesitas la intercesión de un santo, o la intervención de un sacerdote o de un ministro. Cualquiera pudo haberse acercado al bebé en Belén. El buey de cuernos largos, creo que comió del heno sobre el que dormía Él, y no temió. Jesús es el amigo de cada uno de nosotros, independientemente de cuán pecadores e indignos seamos. Ustedes los pobres, no deben temer venir, pues, vean, Él ha nacido en un establo, y tiene por cuna un pesebre. No pueden encontrar peor habitación que esa, y ustedes no son más pobres que Él. Vengan y den la bienvenida al Príncipe de los pobres, al Salvador de los campesinos. No se queden atrás, por miedo a no ser dignos; los pastores vinieron a Él con todo y su desaliño. No leo que se hayan demorado para vestirse sus mejores galas, sino que con la ropas que se cubrían esa fría medianoche, se apresuraron, tal como estaban, para ir a la presencia del bebé. Dios no mira los vestidos, sino los corazones, y acepta a los hombres cuando vienen a Él con espíritus dispuestos, independientemente de que sean ricos o pobres. Vengan, entonces; vengan y sean bienvenidos, pues Dios ciertamente es "Dios con nosotros."

Oh, pero que no haya demoras al respecto. Cuando meditaba en esto ayer, en verdad me pareció que cualquiera que dijera: "no vendré a Dios," después que Dios ha venido al hombre en una forma así, sería un acto imperdonable de traición. Tal vez, no conocías el amor de Dios cuando pecabas como lo hacías; tal vez, aunque perseguías a Sus santos, lo hacías ignorantemente en la incredulidad; pero, he aquí que Dios te extiende la rama de olivo de la paz, la extiende en una forma maravillosa, pues Él mismo viene aquí para nacer de una mujer, para poder reunirse contigo que naciste de una mujer también, y salvarte de tu pecado. ¿Acaso no prestarás atención ahora que habla por medio de Su Hijo? Puedo entender que pidas no oír más Sus palabras cuando Él habla con el sonido de trompeta, tornándose excesivamente fuerte y prolongado, desde los flameantes riscos del Sinaí; no me sorprende que tengas miedo de acercarte cuando la tierra tiembla y se tambalea delante de Su tremenda presencia; pero ahora Él se restringe a Sí mismo y pone un velo al esplendor de Su rostro, y viene a ti como un niño de humilde facha, como el hijo de un carpintero. Oh, si Él viene de esta manera, ¿le volverás la espalda? ¿Acaso puedes menospreciarlo? ¿Qué mejor embajador puedes desear? Esta embajada de paz es enviada de manera tan tierna, tan

bondadosa, tan amable, tan conmovedora, que seguramente no podrás tener el corazón de resistirla. No, no te vayas, que tus oídos no rechacen el lenguaje de Su gracia, sino di: "si Dios es con nosotros, nosotros seremos con Él." Dilo, pecador, dilo: "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado."

En cuanto a ti que has perdido toda esperanza, tú que te consideras tan degradado y caído que no puede haber futuro para ti: hay todavía esperanza para ti, pues eres un hombre, y lo siguiente después de Dios es el hombre. El que es Dios es también hombre, y hay algo acerca de ese hecho que debe conducirte a decir: "sí, tal vez todavía puedo descubrir hermandad con el Hijo del hombre que es el Hijo de Dios, yo, inclusive yo, puedo ser levantado para estar entre los príncipes, los príncipes de Su pueblo, en virtud de mi humanidad regenerada que me lleva a una relación con la humanidad de Cristo, y de esta manera a una relación con la Deidad." No te deseches tú mismo, oh hombre, eres algo demasiado esperanzador, después de todo, para servir de alimento para el gusano que nunca morirá, y alimentar el fuego que nunca se apagará. Vuélvete a tu Dios con pleno propósito de corazón, y descubrirás que te espera un grandioso destino.

Y ahora, hermanos míos, para ustedes la última palabra es: seamos con Dios puesto que Dios es con nosotros. Les doy como consigna para el año entrante, "Emanuel, Dios con nosotros." Ustedes, los santos redimidos por la sangre, tienen derecho a todo esto en el más pleno sentido, beban de ello y llénense de valor. No digan: "no podemos hacer nada." ¿Quiénes son ustedes que no pueden hacer nada? Dios es con ustedes. No digan: "la iglesia es débil y atraviesa malos tiempos," no, "Dios es con nosotros." Necesitamos el valor de aquellos antiguos soldados que estaban dispuestos a considerar las dificultades únicamente como piedra aguzadera para afilar sus espadas. Me gusta el comentario de Alejandro Magno cuando le dijeron que habían muchos miles, tal vez, muchos millones de persas. "Muy bien," respondió, "hay buena siega cuando la mies es abundante. Un carnicero no le tiene miedo a mil ovejas." También me gusta el comentario del viejo Gascon, que respondió cuando le preguntaron: "¿Pueden tú y tus tropas entrar en esa fortaleza? Es inexpugnable." "¿Puede entrar el sol en ella?" preguntó. "Sí." "Bien, nosotros podemos entrar donde el sol pueda ir." Ante el mandamiento de Dios, el cristiano puede hacer lo posible y lo imposible, pues Dios es con nosotros. ¿Acaso no creen que las palabras, "Dios con nosotros," eliminan de la existencia la imposibilidad? Los corazones que de ninguna otra manera pudiesen ser quebrantados, serán quebrantados si Dios es con nosotros. Errores que no podrían ser refutados de ninguna otra manera, pueden ser elimi-

nados por “Dios con nosotros.” Las cosas que son imposibles para los hombres, son posibles para Dios. John Wesley murió con eso en su lengua, y vivamos con esto en nuestros corazones: “lo mejor de todo es Dios con nosotros.” Bendito Hijo de Dios, te damos gracias porque Tú nos has dado esa palabra. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1270 Volumen 21

“God with Us”